

El Rodó de Mario Benedetti: la captura de un estilo

Pablo Rocca

Universidad de la República, Montevideo (Uruguay)
pabloroccapesce@gmail.com

DOS LENGUAJES

Difícil encontrar lenguajes más alejados que el de Rodó y el de Mario Benedetti. Profundas son las diferencias en sus correspondientes artificios narrativos, el código que emplean, el ritmo y la cadencia de sus frases. En el medio siglo que los distancia, un fuerte giro había dado el mundo, el país del que eran originarios, las formaciones y los estilos. Benedetti nació un trienio después de la muerte de Rodó, el mismo año en que los restos del escritor del Novecientos volvieron a Montevideo, en medio de una general apoteosis.¹ En el conjunto de una caudalosa obra periodística, entregada de manera decidida a la crítica literaria, Benedetti terminó de escribir sobre el autor de *Ariel* el más extenso estudio de toda su vida en octubre de 1962.

El lenguaje rodoniano se le presentó como «refinado, pero a la vez comunicativo, y tal simbiosis suele desconcertar», si bien desmereció las «amplias volutas (ya pasadas de moda) de su estilo, tantas veces desprovisto de calidez».² Aunque en este decisivo nivel las distancias sean grandes, como Rodó fue Benedetti periodista; como su antecesor, creyó con pasión en la literatura; como él, pensó un destino mejor para América, aunque sus soluciones pasaran por un lado inimaginable para el primero. Rodó fue periodista desde su juventud, como no podía ser de otra manera para quien ansiara participar de la vida intelectual y la organización del país, dos términos que eran análogos en la modernización latinoamericana. Acerca de este

¹ PÉREZ PETTI, VÍCTOR: *Rodó, su vida, su obra*, Montevideo, Imprenta Latina, 1918 [2ª ed. ampliada: Montevideo, Claudio García, 1937, pp. 458-479]. SAN ROMÁN, GUSTAVO: *José Enrique Rodó. Una biografía intelectual*, Montevideo, Planeta/Ministerio de Educación y Cultura, [2018] 2021, pp. 521-523.

² BENEDETTI, MARIO: «Rodó, el pionero que quedó atrás», en *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Arca, [1966] 1988, p. 116.

oficio y de la responsabilidad del escritor en la sociedad dejó el discurso «La prensa de Montevideo en 1909», recogido en *El mirador de Próspero* (1912), una de las más agudas reflexiones sobre el tema en su tiempo y, hasta donde conozco, en lengua española. Por su parte, Benedetti se acercará al oficio periodístico, por el que consolidará su presencia en la vida cultural; con esa práctica aprenderá a aligerar su estilo, que pronto invadirá sus narraciones todas y también su lírica, por lo menos desde *Poemas de la oficina* (1956).

Sólo cuando había pasado la línea de los cuarenta años, Benedetti se dedicó seriamente a los escritos de Rodó. Varios de sus coetáneos y hasta amigos lo habían hecho antes que él, y seguirían en esa tarea, en especial dos de ellos: Carlos Real de Azúa —a quien dedicó su cuento «Puntero izquierdo», integrado a *Montevideanos* (1959)— y Emir Rodríguez Monegal, responsable de la edición más completa de obra de Rodó hasta hoy, y querellante con quien recuperó y ordenó el archivo rodoniano.³ De ese polémico y notable archivo Benedetti tomó muchas ilustraciones para su pequeño libro *Genio y figura de José Enrique Rodó*, publicado finalmente en 1966.⁴

«Es cierto que [Rodó] penetró en el siglo XX, pero más bien lo visitó como turista [...] su verdadera patria temporal era el siglo XIX» (op. cit, p. 143). Esta postulación, tal vez la más citada del trabajo de Benedetti, tiene una enorme productividad para acercarse a quien lo escribió, quizá más para quien está destinado el juicio. Si Rodó fue un hombre vinculado espiritual y mentalmente al siglo XIX, entonces Benedetti quería serlo *para* su presente, para el siglo XX latinoamericano. Podría concluirse, así, que poco o nada habría de vigencia genuina en Rodó y, con el mismo criterio, terminado hace más de dos décadas el siglo XX habrían caducado tanto la obra de Benedetti como las representaciones del mundo que este escritor elaboró en mil novecientos sesenta y pocos. En rigor, la *situación del texto* es fundamental para su comprensión última, aunque la deriva actual del mismo haya sido otra. Para eso, me acercaré a las consideraciones sobre Rodó según las cuatro partes en que se organiza el ensayo y que, en las reediciones posteriores, no se modifican.

³ ROCCA, PABLO: «El archivo, los discursos del yo y los dilemas del investigador», en *Español al Sur*. Montevideo: ANEP/ Consejo de Formación en Educación/ Dep. Nac. de Español, 2012, pp. 259- 274.

⁴ BENEDETTI, MARIO: *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.

METAMORFOSIS DE UN TÍTULO Y DE UNA DEDICATORIA

En 1988, después de muchos años, y cuando el autor se había reinstalado en Montevideo luego de un prolongado exilio, apareció bajo el sello Arca la tercera reedición ampliada de su miscelánea de artículos *Literatura uruguaya siglo XX*, de la que se toman las citas para este trabajo. Entonces, y por primera vez, Benedetti insertó «Rodó, el pionero que quedó atrás», un largo texto que ocupa las páginas 53 a la 147, y que está datado en «1961». Con el mismo título, pero con la fecha original corregida (1962 en lugar de 1961), el texto se reprodujo en la edición siguiente y también aumentada de esa obra, que Seix Barral publicó en Montevideo en 1997. Un año después volvió a salir en *El ejercicio del criterio* (Madrid, Alfaguara), compilación más abultada con otros muchos escritos sobre diferentes asuntos literarios.⁵ Hasta ahí las ediciones que pudo controlar del largo texto crítico. Sin embargo, y como advierte en las introducciones descriptivas a estos volúmenes, el texto proviene del pequeño libro de la colección *Genio y figura* sobre grandes escritores hispanoamericanos, que publicaba la Editorial Universitaria de Buenos Aires. La serie mantenía ese título con la variante del autor (o de la autora) sobre el que se ocupaba un especialista.

Genio y figura de José Enrique Rodó salió de imprenta en Buenos Aires «en marzo de 1966 en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino S.A.[.] Ameghino 838 – Avellaneda[.] Buenos Aires» (op. cit, p. 192), pero en el cuerpo mismo del texto se remite una y otra vez a 1962. Es algo extraño, en principio, parece un detalle, pero no lo es. Primero, porque hay un cambio fundamental en un paratexto. La edición original tiene la siguiente dedicatoria: «A Emir Rodríguez Monegal, en octubre de 1962». Este volumen, dice con razón Hortensia Campanella, fue un

manual de uso práctico, con una antología de textos que en su primera edición aparece dedicado a Emir Rodríguez Monegal, extrañamente, en *octubre de 1962*. Y cuando lo incorpora a *Literatura uruguaya siglo XX*, no le parece suficiente la atribución de la dedicatoria a una época pretérita, y la hace desaparecer. Es evidente que las relaciones con el crítico, antes amigo, se habían enfriado hasta la congelación en esos años.⁶

La segunda época de la revista *Número* nació en 1962 y dejó de salir dos años después, cumplida su cuarta entrega. El motivo del cierre no se debió,

⁵ BENEDETTI, MARIO: «Rodó, el pionero que quedó atrás», en *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Seix Barral, [1966] 1997, pp. 48-131. «Rodó, el pionero que quedó atrás», en *Literatura uruguaya del medio siglo*, Madrid, Alfaguara, [1966] 1998, pp. 170-195.

⁶ CAMPANELLA, HORTENSIA: *Mario Benedetti: un mito discretísimo*, Montevideo, Seix Barral, 2008, pp. 90-91.

esa vez, a estrecheces económicas como en la primera época (Montevideo, 1949-1955, 27 números), sino a un enfrentamiento de la mayoría absoluta del equipo editor (Benedetti, Manuel Claps y Carlos Martínez Moreno) con Rodríguez Monegal. En dos artículos del diario *El País* de Montevideo, el 22 y 29 de mayo de 1964, Monegal había interpretado que la novela *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier era una metáfora de la violencia revolucionaria desencadenada luego del triunfo de Fidel Castro. Su perspectiva se fundaba en que la novela había sido prohibida en Cuba. Esto último desató la respuesta de Ángel Rama, quien probó la falsedad de la censura del texto en la isla y hasta la publicación de una edición por parte del sello Letras Cubanas.⁷ Como tantos otros intelectuales, en especial latinoamericanos, Benedetti estaba en pleno fervor por el proceso cubano. Se había acercado orgánicamente a la revolución triunfante tres años antes y no podía congeniar con quienes la impugnaran, así fueran amigos de toda una vida. Rodríguez Monegal se distanció cada vez más de posiciones socialistas que Benedetti radicalizó, en particular durante su estadía en La Habana, antes de pasar a residir en España. Tres años después de la muerte de su viejo amigo se presentó la oportunidad de volver a sacar su trabajo sobre Rodó. Entonces, desapareció la dedicatoria.

«Octubre de 1962» podría ser la fecha de la redacción final de este trabajo. Aquel octubre habría sido el momento en que, todavía, era posible un diálogo con Rodríguez Monegal y su labor crítica, a quien tanto debía como defensor de su obra narrativa y como modelo crítico. En dos cartas hasta ahora inéditas, cuyas copias se resguardan en el archivo de Mario Benedetti de la Fundación que lleva su nombre, queda en evidencia esa amistad pasada con el joven estudioso de Rodó, sobre quien publicó su primer libro en 1950.⁸ El 22 de marzo de 1951, entre divertido y sarcástico, Benedetti relata a su amigo Monegal, quien está en Londres: «Me contó [Héctor] D'Elía que, para ver cuánto de insolente y de irreverente tenía el *Rodó en el 900*, se lo había leído íntegramente y que si había algo para reprocharle a Ud. era su excesivo cuidado en no lastimar a [Roberto] Ibáñez» (f. 1), responsable de su archivo. La comunicación subsiguiente que conocemos, fechada el 2 de junio, comienza de este modo: «Aunque no quiera creerlo, hoy aparecerá su Rodó en librerías. Sarandy [Cabrera], Claps y yo

⁷ ROCCA, PABLO: *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006, pp. 146-154.

⁸ RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR: *José Enrique Rodó en el Novecientos*, Montevideo, Ed. Número, 1950.

recogimos ayer los pedidos y D'Elía lo distribuirá. [...] Se venderá al precio de \$ 2,50» (f. 1).⁹ La cercanía y hasta la admiración son notorias.

Salvo en referencias pasajeras, como se dijo hasta 1962 Benedetti nunca se había ocupado de la obra de Rodó. Es probable que haya sido Rodríguez Monegal quien recomendó a Benedetti para escribir ese libro, reservándose otros proyectos para la exitosa colección.¹⁰ El director de *Genio y figura* fue el refinado escritor y traductor José Bianco, antiguo secretario de redacción de la revista *Sur*, con la que rompió cuando su acercamiento a Cuba.¹¹ Bajo su gestión, entre 1964 y 1966, se publicaron catorce tomos. El 13 de noviembre de 1963, Bianco le avisó a Rodríguez Monegal que ante su reiterada falta de noticias había escrito a Benedetti «dándole un mensaje para usted». En la misma carta le informó que la colección ya disponía de «doce manuscritos entregados cuyas pruebas empezaré a corregir de un momento a otro».¹² La colección fue un éxito rotundo. «Se parece a *Écrivains de toujours* de las *Éditions du Seuil*», le dijo su responsable a Mario Vargas Llosa el 8 de setiembre de 1965. Con orgullo, Bianco agregó en carta a este mismo corresponsal: «Ya han salido [...] *Rubén* [Darío], *Borges*, *Neruda* y *Alfonsina Storni* y se agotaron al mes y medio de aparecer (10.000 ejemplares)». Cada «dibrito», dijo, debía incorporar los siguientes elementos:

Cronología: lo más detallada posible [...] *Biografía* [...] *Juicio crítico* [...] *Trozos escogidos*, que guarden relación con el estudio crítico. *Opiniones sobre el autor y la obra*. *Bibliografía* [...] El texto no debe pasar de 150 páginas a máquina tamaño carta a doble espacio. Además, de 50 a 70 fotografías que se pagarán aparte [...] [la obra] se dirige ante todo al *lector común*, en el sentido que le daba el Dr. Johnson a la expresión. Ha de ser ameno, lo que no significa necesariamente superficial ni meramente divertido (Op. cit., p. 205-206).

Estas pautas no afectaban el sustancial carácter periodístico de la escritura de Benedetti, quien podía sentirse a gusto en ese proyecto, para el que se

⁹ Debo copias electrónicas de estas cartas al Sr. Roberto López Belloso, coordinador de la Fundación Mario Benedetti, Montevideo, quien –a mi solicitud– me las proporcionó el 22 de setiembre de 2021.

¹⁰ Se trata del tomo sobre Horacio Quiroga, publicado en 1967, y un volumen sobre Herrera y Reissig en coautoría con Idea Vilariño, que nunca llegaron a escribir (Apud ROCCA, PABLO (ed.): *Revistas culturales del Río de la Plata. Diálogos y tensiones (1945-1960)*, Montevideo, Universidad de la República/Comisión Sectorial de Investigación Científica, 2012. [Carta de Emir Rodríguez Monegal a Idea Vilariño, 20/V/1964, p. 193].

¹¹ Y con la que volvió a reencontrarse a fines de la década del sesenta, ya distanciado de la experiencia cubana. (Apud «Sur», en BIANCO, JOSÉ: *Ficción y reflexión. Una antología de sus textos*, México, Fondo de Cultura Económica, [1976] 1988, pp. 322-323).

¹² BIANCO, JOSÉ: *Epistolario*, Buenos Aires, Eudeba, 2018. (Prólogos de Daniel Balderston y María Julia Rossi. Epílogo de Eduardo Paz Leston), p. 193.

recibía una paga nada desdeñable.¹³ Cuando, al fin, el volumen sobre Rodó fue impreso, en marzo de 1966, luego de dormir casi cuatro años desde que fue entregado a su editor, sólo tres meses después, a fines de junio del 66, el general Juan Carlos Onganía dio un golpe de Estado. Entre otros atropellos, la dictadura intervino la Universidad de Buenos Aires y expulsó a gran parte de sus equipos docentes y técnicos, entre ellos al director de la editorial, Boris Spivacow, quien había puesto a Bianco al frente de *Genio y figura*. Este, solidarizándose con el director general y con otros interdictos, renunció. La serie seguiría saliendo, pero bajo otra conducción. Spivacow, dígase de paso, luego de su violento apartamiento de Eudeba fundó el Centro Editor de América Latina (CEDAL), sello que cambió la historia del libro en el cono sur y renovó a fondo la manera de editar en lengua española.¹⁴

Todo lo anterior podía tomarse como resumen creíble para el contexto de producción de un texto en el que se entrelazan Rodó, Rodríguez Monegal, la crítica y el periodismo, el mercado editorial, Cuba y las vicisitudes argentinas. Una vez concluido aquel proyecto, Benedetti tenía las manos libres para disponer de su trabajo y relanzarlo como quisiera, lo cual significó mantener su texto y descartar no sólo las ilustraciones que adornaron el libro sino, también, los fragmentos ilustrativos, los juicios críticos y la bibliografía. Peripecias del escritor profesional o, mejor, del escritor que quiere serlo. Benedetti demoró dieciséis años en reacondicionar y salvar su lectura de Rodó.

DE AYER Y DE HOY

Cuatro partes tiene el ensayo, cada una con su respectivo título. En la edición ahora final, según ya fue dicho, se adopta el título de la tercera («Rodó, el pionero que quedó atrás»), y se borran todos los demás, dejando sólo los números romanos que identifican cada sección.

Benedetti sabe que Rodó conoce a cabalidad la materia sobre la que trabaja, y en algunos de sus ensayos, como el que dedica a Simón Bolívar, también se manifiesta «como un ameno y documentado narrador de vidas» (op. cit., p. 120). Esa idea, si así puede llamársela, se propone como objetivo Mario Benedetti en la primera parte dedicada a la vida de Rodó, quizá la más animada

¹³ Sobre los aspectos económicos remito a la precitada comunicación de Bianco con Vargas Llosa. Las cartas de José Bianco a Benedetti no fueron halladas en su colección, aún en proceso de catalogación.

¹⁴ GOCIOI, JUDITH (coord.): *Libros para todos*. Colecciones de EUDEBA bajo la gestión de Boris Spivacow (1958-1966), Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012. MAUNÁS, DELIA (coord.): *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino*, Buenos Aires, Colihue, 1995.

y la mejor lograda de todas en cuanto artefacto narrativo. El texto, en general, no tiene otra aspiración que la divulgativa en base a informaciones propuestas, obtenidas o dispuestas por otros. La energía con que organiza Benedetti el relato de la vida se amengua en el segundo momento, en que debe leer las páginas centralmente especulativas o las narraciones simbólicas del autor (*Ariel*, *Motivos de Proteo*); en la tercera parte del ensayo se desplaza con mayor comodidad hacia consideraciones políticas; en la cuarta –y final– atiende las ideas del autor desde la correspondencia, que había reunido Rodríguez Monegal en su edición de obras de José E. Rodó para la editorial Aguilar.¹⁵

A diferencia de la mayoría de los críticos y exégetas rodonianos, que abundaron por doquier en el mundo hispánico, a Benedetti no le interesa el mensaje idealista de *Ariel* y, menos, las historias simbólicas de *Motivos de Proteo*, salvo si en estos algo encuentra para la comprensión del presente. Cerca de la publicación de su ensayo, en oportunidad del cincuentenario de la muerte de Rodó, habrá un gran empuje revisor. En Montevideo, *Cuadernos de Marcha* dio a conocer el primero de sus números, en 1967, dedicado enteramente a Rodó, a quien tanto había admirado desde su juventud el Dr. Carlos Quijano, director del semanario que extendía su prédica con esa colección monográfica mensual. En esa entrega de *Cuadernos* hay un estudio de Real de Azúa que atiende las «revisiones» y las posiciones contra *Ariel* y más aun contra el *arielismo*. Real de Azúa despliega un conjunto de posiciones en las que muchos habían creído que este libro era un breviario americano que condensaba las reglas para la vida nueva, pero esta armonía pronto entró en crisis. El primer «enjuiciamiento» de *Ariel* y, por extensión, del pensamiento de su autor, dice Real de Azúa, fue «de tipo social, marxista o no», denunciador de «la raigambre burguesa de su pensamiento, el liberalismo clasista, [...] la forma demasiado tenue en que los lacerantes problemas del área americana se hacen presentes en su obra». El segundo grupo crítico, de carácter religioso, condenó «la falta de finalidad de su proteísmo, el sello inmanentista de su concepción de la personalidad [...] y su aparente inapetencia de Absoluto». El tercer grupo, que Real de Azúa llama los «modernizadores», se alzó contra la idea de «desinterés», la práctica contemplativa y el menosprecio de lo «vulgar». Un cuarto grupo, que denomina como grupo de la «disidencia existencial», se exaspera ante «su armonismo puntual, su optimismo, su proteísmo». Al quinto sector pertenecen quienes se adscriben al «americanismo telúrico», que «no pudo dejar de ver en todo

¹⁵ RODÓ, JOSÉ E: *Obras completas*, Madrid, Ed. Aguilar, [1957] 1967 (2ª edición aumentada y corregida. Introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal).

el arielismo un subproducto europeizante y urbano». ¹⁶ A este último, con distancias, parece pertenecer el texto de Benedetti, como lo muestra el siguiente pasaje, aunque en él asome una punta de simpatía y de apropiación hasta cierto punto anacrónica ante la posición sobre los Estados Unidos:

Es cierto que [...] Rodó parece a veces no advertir el fenómeno imperialista [...] pero también es cierto que buena parte de la visión adulta que hoy tienen los intelectuales latinoamericanos acerca de la actitud económicamente colonialista de los Estados Unidos con respecto a las naciones [latinoamericanas] tiene su origen (o recibió su impulso) en aquella honesta, aunque débilmente documentada, denuncia de Rodó (op. cit, p. 116).

Siempre dentro de esa dialéctica entre el ayer y el hoy, para Benedetti inderogable, pocas líneas después insistirá:

Todavía hoy, desde la actual (y cada vez más motivada) militancia antimperialista, siguen llegando reproches contra Rodó. Sin embargo, probablemente fuera más útil reconocer que la de Rodó fue una de las primeras voces que se alzó en el Continente para reivindicar la común raíz latina de estos pueblos [...] (op. cit, p. 117).

Benedetti no se cansa de insistir en el tema, sobre el que vuelve en casi todo el tercer apartado, que originalmente se llamó «El pionero que quedó atrás», es decir la zona del estudio que al cabo aportó el título general y que es un eneasílabo perfecto. Por la fórmula del «pionero que quedó atrás», Benedetti promueve el colmo del latinoamericanismo en su versión anticapitalista: «Pero la nordomanía ha invadido, de mayor a menor, toda la vida latinoamericana». En otros términos: *Ariel* o, mejor, una porción de su mensaje y ciertas sueltas piezas ensayísticas de Rodó siguen hablándole al presente. Pero ya no alcanza con las nudas palabras, estas tienen que ponerse al servicio de la acción.

LA FUERZA DE UN ESTILO/ LA FUERZA DEL PRESENTE

Aunque se lo hayan pedido, el Benedetti posrevolución cubana ya no puede escribir un ensayo neutro; así fuera un texto didáctico no podía hacerlo de acuerdo a reglas asépticas. Por eso, para una colección más bien pedagógica como *Genio y figura* se las arregló para conservar su libertad dentro del margen de discrecionalidad que el director señalara en la citada carta a Vargas Llosa de 1965. Esa franquía dio paralelo crédito y vigor a

¹⁶ REAL DE AZÚA, CARLOS: «El problema de la valoración de Rodó», en Real de Azúa, Carlos, *Historia visible e historia esotérica. Personajes y claves del debate latinoamericano*, Montevideo, Arca/Calicanto, [1967] 1975, pp. 137-156.

su estilo (la ironía, la inversión algo socarrona), y por él, tan modelado ya por el periodismo, se permitió capturar el estilo de Rodó, el de frase pasmosa, el de timbre clásico, al que pretendió insuflar otra *vida nueva*. Para eso, Benedetti apeló a la ocurrencia ingeniosa, rasgo típico de su literatura, que desemboca en discurso apodíctico. Verbigracia, como al pasar, dice que cuando Rodó está al borde de irse a Europa lo haría según el «clásico viaje a Europa que todo uruguayo busca siempre en su horóscopo» (op. cit., p. 99). El comentario es más acorde con los recursos y los trucos de la crónica periodística que con las normas de un manual para lectores hispanoamericanos. Esa ingeniosidad tiene su plataforma en lo anecdótico, algo que Benedetti busca afanosamente en la primera parte de la reescritura de la vida de Rodó, quizá porque piensa que es la única manera de actualizarlo y salvarlo del bronce o el mármol. Por ejemplo, Benedetti retoma y aligera la prosa erudita y engolada de Víctor Pérez Petit, quien en 1918 publicó la primera gran biografía de Rodó, a la que amplió en 1937. De ese relato descarta el sermón laico y extrae un motivo divertido, como la anécdota en que Pérez Petit presenta a Rodó como perfeccionista obsesivo, que pule sus manuscritos y cuando los entrega para que se estampen pide una prueba de página tras otra a los tipógrafos de los periódicos. El tipógrafo, reescribe Benedetti con estilo más ligero, le da a Rodó la primera, la segunda y «la tercera prueba, porque no puede darle un tiro» (Benedetti, 1962, p. 30).

A Benedetti le interesa el lector de «hoy» y la formación de su conciencia más que la proyección pasada de su objeto de estudio. De algún modo, su prosa se autonomiza de la de Rodó para hablar cada vez más de la actualidad (política, literaria) de 1962, así sea marginalmente, como cuando refiere la relación de José Enrique Rodó con Leopoldo Alas (Clarín) y acota, entre paréntesis: «[Alas] tan admirado hoy por la nueva promoción de novelistas españoles, alguno de los cuales considera a *La Regenta* como la novela hispánica más importante después del Quijote». Otras marcas del presente de 1962, una fecha que conserva en el propio texto —saturación del presente que más pronto que lo deseable se hace pasado—, refulge en su comentario de la llegada de Rodó a Portugal en 1916, cuando se entrevista con el presidente de esa República: «Desde un 1962 que asiste al 30° aniversario de la dictadura salazarista, suena inevitablemente como poco profética la seguridad de que en 1916 intercambian Rodó y Machado acerca de la consolidación de la República» (op. cit, p. 102). En ocasiones, esa porfiada constancia del presente pierde aspereza y se hace, a la vez, más uruguaya, aunque haya escrito el trabajo para una colección argentina, que ciertamente tenía un alcance mayor al restringido territorio del país vecino: «cuando [los partidos tradicionales uruguayos] no habían llegado al grueso estilo de mostrador, que ahora parece definitivamente impuesto»

(op. cit., p. 117). Dejar en 1988 estas notas, por lo menos en relación a la dictadura de Oliveira Salazar, que había sido derribado en 1970, demuestra que la escritura Benedetti quiere apoderarse del estilo de Rodó, porque lo concibe en la presión de lo contemporáneo, que no quiere revestir de prenda alguna de objetividad.

DIOS Y LOS DIOS LAICOS

Si un punto de coincidencia, podría decirse sorprendente, hay entre Rodó y Benedetti, o en la visión que este tiene de aquel, atañe a la búsqueda de Dios o a las tribulaciones por su pérdida. Como se sabe, en la obra de Benedetti hay una continua insatisfacción respecto del problema de Dios o de su imagen. En ocasión de analizar el estilo de Rodó, que en casi todos sus escritos le resulta arcaico y hasta lleno de oropeles, una vez más entre paréntesis introduce este comentario, ahora favorable: «El estilo de ‘Mi retablo de Navidad’, por ejemplo, está hoy, sin duda, mucho menos envejecido que el de *Motivos de Proteo* o del de *Arieh*». La excepción se utiliza para confirmar la norma del crítico. «Mi retablo de Navidad» figura en penúltimo lugar en el índice de *El mirador de Próspero*. Al comienzo del artículo escribe Rodó: «Hoy, que convierto en materia de análisis los poemas de mi candor (el hombre es el crítico, el niño es el poeta), se me ocurre pensar cuán apetecible sería que Dios fuese niño una vez al año». Que Dios sea «niño una vez al año» es una frase muy al paladar de Benedetti. Fuera de contexto, incluso, uno no dudaría en atribuírsela.

En una sociedad como la uruguaya que estaba en pleno proceso de laicización, al que Rodó se plegó respetando símbolos –como el mantenimiento del crucifijo en los hospitales– un giro como ese era una provocación. Medio siglo después, cuando Benedetti redacta este ensayo está escribiendo los *Poemas del hoyporhoy*. Uno de ellos, que se llama «Pobre Dios», parece un comentario implícito de esta página de Rodó y una lectura paralela de algunos poemas del primer César Vallejo, al que había descubierto y leído por esos años con ávido deslumbramiento:

Es imposible estar seguro
pero tal vez sea Dios todo el silencio
que queda de los hombres
es imposible estar seguro
pero acaso Dios sea
la soledad total
irrevocable
más grave que la tuya
o que la mía

por lo menos más grave que la mía
que es soledad tan solo
cuando el viejo crepúsculo me mira
como un toro furioso
y yo no tengo a mano
tus sabios labios para
olvidarme de todo lo que temo
es imposible estar seguro
ah pero en ese caso
pobre Dios qué tristeza
debe ser su tristeza
pobre Dios si una vez descendiera
a asir nuestra miseria
y respirara por unas pocas horas
el incesante miedo de la muerte
quizá mucho después
allá
solo y eterno
recordara esta tibia bocanada
como el único asueto
de su enorme
desolado Infinito.¹⁷

Al final de su estudio, y sin otra motivación que su honda preocupación personal, Benedetti insiste con la superioridad contemporánea de «Mi retablo de Navidad» y, ya más adentro del problema de Dios, concluye: «Aunque resulte de un peso tan abrumador como Dios mismo, un simulacro, un remedo de Dios, no sirve en cambio para apuntalar ningún tipo de esperanza». Nítidamente más interesado en desentrañar sus dudas que los secretos de la prosa ajena, Benedetti quiere conjurar lo inconjurable, quiere sacar a Dios y en su lugar poner a la revolución. Los textos de José Enrique Rodó pasan a un segundo plano o sirven como pretextos para reforzar esa *su* conclusión.

La muerte de Rodó en la lejana Sicilia, en 1917, y el ya citado repatrio de sus restos tres años después, tuvo una proporción mítica para ese país pequeño, que necesitaba símbolos para amalgamar a esa comunidad. Entre sus pequeños dioses laicos, el «Maestro de América» ocuparía un reiterado y monótono lugar. Asombrado por aquellos fastos oficiales pero también espontáneos, Benedetti observó el notable acontecimiento desde el mirador de la ciudad-puerto: «El Municipio de Montevideo resolvió dar el nombre de Rodó a su parque principal. Nunca el fallecimiento de un hombre de letras había provocado en el país una consternación tan sincera, tan

¹⁷ BENEDETTI, MARIO: *Inventario, Mario Benedetti*. Madrid, Visor, [1962] 1990, pp. 552-553.

unánime» (op. cit, p. 108). Difícil que en 1962, ni siquiera mucho después, Mario Benedetti pudiera imaginar que su propia muerte, ocurrida en 2009, pautaría la renovada emoción multitudinaria por la partida de un escritor, cuando el mundo era tan diferente al que había construido desde certezas que creyó inmunes a la erosión del tiempo o a los vuelcos de la historia.